

Tres décadas de cooperación al desarrollo

Umberto Farri

Presidente del Instituto para la Cooperación Universitaria (ICU), Roma. Ha sido Presidente del Comité organizador de la canonización de Josemaría Escrivá.

1. INTRODUCCIÓN

En octubre de 1972, con ocasión de la investidura de los primeros doctores *honoris causa* que concedía la Universidad de Navarra, el Beato Josemaría Escrivá pronunció un discurso en el Aula Magna del Rectorado.

La figura del Gran Canciller, con el traje académico y las condecoraciones que exhibía, así como el riguroso ritual del acto, contribuían a subrayar el peso y la responsabilidad que la Institución universitaria había ido asumiendo a lo largo de la historia y seguía manteniendo desde hacía siglos en la tradición cultural, en la organización de la sociedad y del propio cuerpo social de un pueblo.

Más de una vez, como ciudadano del país en el que nació la primera Universidad de Europa —y por mis orígenes familiares, ciudadano de Bologna, donde se creó dicha Universidad— he tenido ocasión de recordar ese evento tan especial y, sobre todo, de relatarlo a los más jóvenes.

Los hijos de los señores —así se llamaba a los miembros de la clase dirigente propietaria de las tierras y de las mayores residencias de aquella época— acudieron a los doctos y sabios de la época para recibir una formación en las distintas disciplinas que les ayudara a administrar de forma inteligente el patrimonio familiar, así como a mantener relaciones con los poderes públicos.

En el discurso del Beato Josemaría al que antes hice referencia, se definen y analizan atentamente distintos aspectos de la tarea de la Universidad. De entre ellos se me ha quedado especialmente grabada una descripción. Es la que perfila con gran claridad la labor de la Institución universitaria en su relación con el territorio en donde nace y también con el papel del universitario, casi como tra-

tando de definir, de una vez por todas, el carácter, la responsabilidad y la misión de servicio respecto de la sociedad en la que vive. «La Universidad no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, despierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa. Contribuye así con su labor universal a quitar barreras que dificultan el entendimiento mutuo de los hombres, a alejar el miedo ante un futuro incierto, a promover —con el amor a la verdad, a la justicia y a la libertad— la paz verdadera y la concordia de los espíritus y de las naciones»¹.

A lo largo del tema que me dispongo a desarrollar, volveré con frecuencia sobre estos puntos, tratando fundamentalmente de hacer comprender el secreto que escondían aquellas intuiciones que con tanta claridad apuntaba el Beato Josemaría sobre el papel social de la Universidad y que bien podían servir para ser incorporadas a la experiencia y al trabajo personal de cada uno.

2. LA FASCINACIÓN DE LA NORMALIDAD

En más de una ocasión me he parado a reflexionar sobre determinados hechos que impresionan por su excepcionalidad y sobre otros que producen el mismo efecto por lo contrario, por su normalidad. En ese sentido, he llegado a la conclusión de que los primeros tienden a difuminarse con el tiempo, perdiendo la fuerza de los detalles que en ese momento sirvieron para definirlos. Por el contrario, los segundos siguen estando esencialmente vivos y poco a poco van enriqueciéndose con aquellos detalles que inicialmente podían parecer menos significativos.

Eso me sucede concretamente cuando pienso en mis primeros encuentros con el Beato Josemaría, que se produjeron en Roma en 1949, cuando yo tenía veinte años, era estudiante universitario y conocía desde hacía poco el Opus Dei, aunque su mensaje ya había abierto nuevos horizontes en mi vida. En aquella época, yo frecuentaba mucho la sala de estudio del *Pensionato*, un edificio de dos plantas situado en el *Viale Bruno Buozzi*. Era la primera residencia de algunos estudiantes, fieles del Opus Dei, que asistían a la Universidad de Roma. Allí residía el Beato Josemaría, que en medio de sus numerosos viajes y frecuentes com-

¹ *La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres. Discurso en la ceremonia de concesión del Doctorado "Honoris causa", en la Universidad de Navarra, 7-X-1972, en Josemaría Escrivá y la Universidad, Pamplona 1993, p. 98.*

promisos, siempre encontraba tiempo para dirigirnos palabras de aliento y abrirnos insospechados horizontes relacionados con la vida interior. Fue allí donde aprendí, sobre todo del ejemplo de mis colegas, que estudiar podía ser no sólo un esfuerzo intelectual adecuado como preparación para afrontar los compromisos de la vida, sino un auténtico trabajo que, si se hacía por amor a Dios, se transformaba en oración. Se trataba de una pedagogía espiritual que se debía desarrollar paso a paso según las normas naturales de la cultura cristiana, integrada por valores humanos y visión sobrenatural, que nunca pueden entrar en contradicción. Efectivamente, las normas citadas rigen el mundo salido de las manos de Dios y entregado por Él al hombre para completarlo con su trabajo, de acuerdo con el plan divino.

Y durante este período formativo, que constituía un auténtico plano inclinado, se sucedían continuamente los descubrimientos: el valor sobrenatural del trabajo profesional, su reflejo en la labor de apostolado que realizábamos entre compañeros de estudio y, sobre todo, la capacidad de comprender y de amar según el modelo del Corazón de Jesús, un corazón de carne que late exactamente igual que el de todos los hombres.

3. RESPONSABILIDAD SOCIAL Y DIMENSIONES INTERNACIONALES

Unos años después, ya al final de mis estudios universitarios, me encontraba en Milán, dedicado a promocionar el Colegio Universitario Internacional “Torrescalla”, que iba a iniciar su actividad a la vez que la Residencia Universitaria Internacional “RUI” de Roma.

Se trataba de dos importantes iniciativas de la Fundación RUI, creada en los años 60 por obra de un grupo de profesores universitarios, profesionales y padres interesados en el estudio y en la solución de los problemas de la juventud. El objetivo era facilitar la presencia simultánea de estudiantes y estudiosos, italianos y extranjeros, como confrontación estimulante, como elemento productor de cultura y como representación viva de un ideal universitario —y por tanto supranacional— llevado a la práctica.

El modelo se inspiraba en aquellos principios educativos y formativos de carácter cristiano, abiertos y respetuosos con la personalidad de los estudiantes, de las culturas, de las distintas razas y religiones, que las enseñanzas del Beato Josemaría habían empezado a difundir en distintos países del mundo y sobre los cuales él volvía una y otra vez, sobre todo en lo que se refería al internacionalismo y a la posibilidad, buscada y deseada, de favorecer la presencia de estudiantes de los países en vías de desarrollo. Se trataba concretamente de facilitar programas de becas de estudio y otras ayudas para conseguir su inserción en Italia y en

Europa, aunque manteniendo en ellos vivo el sentido del deber de contribuir al desarrollo de sus países y en consecuencia el deseo de volver a ellos al finalizar los estudios evitando la tentación de quedarse en Europa.

El hecho de participar en la aventura de formar a tantos universitarios de los más diversos países en un clima de *college* universitario ha contribuido ante todo, y creo poder afirmarlo así, a forjar mi propia vida.

Los conocimientos, los descubrimientos y la amplitud de la experiencia que fui acumulando entre 1960 y 1966 me parecen hoy realmente incalculables, sobre todo los que adquirí en los últimos 4 años en que dirigí la RUI de Roma. En esa época tuve ocasión de recibir directamente muchos consejos del Beato Josemaría. Él siguió siempre con especial interés estas iniciativas universitarias, que se sumaban a muchas otras análogas desarrolladas en España, Inglaterra, Alemania, México, Irlanda y que empezaban a surgir también en África, Asia y Oceanía. Aparecieron en un momento muy delicado del proceso de transición histórica que se había iniciado al terminar la segunda guerra mundial. Me estoy refiriendo naturalmente a esa época caracterizada por el proceso de independencia de los países del Tercer Mundo, por la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, por el inicio de la Década del Desarrollo promovida por la Organización de las Naciones Unidas y por la democratización de la universidad entendida como proceso de popularización de esta institución, por citar sólo algunos de los parámetros de referencia que convulsionaron fundamentalmente a la juventud de todos los países. El Beato Josemaría tenía del mundo universitario una concepción basada en una fe sólida, viendo en esa realidad, como en cualquier otra realidad viva de los hombres, una ocasión más en la que se manifestaba la sabia intervención de la providencia divina, que no se deja sorprender por nada y logra sacar lo positivo de todo. Él creía que la energía juvenil es siempre clara y auténtica, que siempre supone una aportación constructiva y fecunda en ideas y en acciones, y que además la mentalidad universitaria asume, casi por derecho natural, la iniciativa de mayor alcance, el compromiso y la colaboración que van más allá de cualquier factor instrumental o programa pasajero. El realismo del Beato Josemaría, la visión positiva de las cosas, el apunte apenas esbozado señalando el camino de la cooperación entre Universidades y universitarios de todo el mundo, constituían la base, el punto de referencia de programas concretos de posible realización. El “veía” los problemas, los ensayaba en su alma y en su corazón y animaba a cuantos trabajaban con él para que buscaran la solución más justa, siempre a través de la comprensión, de la profesionalidad y del servicio.

4. HORIZONTES UNIVERSITARIOS

Conocía bien la capacidad de entusiasmo, sobre todo de los jóvenes, así como sus posibles carencias en cuanto a tenacidad y perseverancia. Pero su lealtad le llevaba a tener confianza y a demostrarla explícitamente, hasta el punto de preferir resultar engañado a herir la buena fe de quien se pudiera dirigir a él en busca de consejo. No había que dudar de esa buena fe, pero había que estar al lado de la gente para que nadie se durmiera, para animarla. Buscaba la implicación de las personas, su participación, que sus horizontes no se limitaran sólo a lo que estaba sucediendo a su alrededor, y nunca perdía la ocasión de estimular el interés de cada uno hacia metas ambiciosas. Una tarde en la que, como en muchas otras ocasiones, conseguía pasar un rato con los estudiantes del *Pensionato* —se acercaban las Navidades y el Beato Josemaría estaba muy pendiente de las tradiciones populares típicas de nuestro país— nos invitó a participar en una especie de “tómbola”. Con la colaboración de cada uno de los presentes fue mencionando el nombre de una serie de ciudades europeas muy renombradas por su tradición universitaria. Nosotros escribíamos esos nombres sobre unas tarjetitas blancas que luego doblábamos en cuatro y poníamos en un cestillo. Cuando llegó a haber el mismo número de tarjetas que de personas presentes en la reunión, revolvió las tarjetas y nos pasó a todos el cestillo. Cada uno de nosotros sacaba una tarjeta y leía el nombre de la ciudad.

Al final, nos dijo lo siguiente: «En todas estas universidades se está desarrollando un buen trabajo apostólico y todos nosotros podemos participar en él rezando y pidiendo al Señor que en ellas se formen buenos estudiantes —de esos que estudian—, añadió sonriente, jóvenes cristianos capaces de dar a conocer a Dios a sus colegas y a sus amigos: vuestro apostolado no puede limitarse al ámbito de la universidad de Roma». Muchas veces, a lo largo de los años, he recordado este episodio, y me ha servido de luz para mi experiencia en el trabajo de formación. Hoy podría resumir así esas impresiones: lo que hizo entonces el Beato Josemaría con ese gesto casual y simpático era un invitación a colocar por encima de nuestros intereses diarios el interés que debía albergar un joven cristiano por las demás naciones, incluso las más lejanas. Una preocupación que había de estar siempre presente en el pensamiento y en el corazón de todos y no debía ser algo reservado sólo para algunas personas.

En la primavera de 1966 dejé la dirección de la RUI. El Beato Josemaría me pidió que me ocupase junto a él más directamente del trabajo de formación universitaria a nivel internacional. Pensaba que la amplia experiencia recogida durante aquellos últimos años en tantas residencias universitarias, centros culturales y academias de distintas partes del mundo, podían constituir un hilo conductor que contribuyera a definir y abordar los distintos problemas univer-

sitarios que venían planteándose en el mundo y que necesitaban ante todo análisis serenos y soluciones educativas. Era urgente cooperar a nivel internacional para que los universitarios se interesaran por sus problemas, para que entendieran de forma tranquila y constructiva los distintos modos de ver las cosas. Sin más preámbulos, pero con un profundo intercambio de ideas y de experiencias entre jóvenes docentes universitarios de distintos ateneos italianos y de otros países europeos, y para responder a las sugerencias del Beato Josemaría, se redactaron las líneas programáticas del ICU, el *Instituto de Cooperación Universitaria*, durante un Congreso que tuvo lugar en *Villa Falconieri*. Este lugar, situado en los Montes Albanos, próximos a Roma, era sede de importantes reuniones internacionales de promoción educativa y universitaria, y era el centro del que disponía el Ministerio de Instrucción Pública para impulsar el análisis de la reforma de los estudios superiores. Los participantes fueron también a nivel individual el objetivo primario e inmediato del ICU, una asociación de universitarios dirigida a facilitar a escala internacional la cooperación y el desarrollo a través de proyectos de formación, de investigación y de enseñanza para abordar los nuevos desafíos de la universidad en el mundo, con especial atención a las necesidades de los países recientemente independizados. Pero para eso también hacía falta escuchar de forma clara y directa las exigencias planteadas por los jóvenes.

Varios estudiantes procedentes de Alemania habían pasado la Semana Santa de 1967 en Roma, y en esa ocasión habían mantenido un encuentro con el Beato Josemaría. Y decidieron repetir la visita al año siguiente, acompañados de otros colegas. Cuando se enteró, preguntó: «¿por qué sólo alemanes? ¿no podríais organizar un encuentro internacional para universitarios?». Ante esta sugerencia, la inmediata respuesta del recién nacido ICU fue la de impulsar nuevos horizontes, que se iban aclarando cada vez más a medida que se iba consolidando el convencimiento de que la Universidad, en cada época, era el lugar más idóneo para hacer realidad todas las esperanzas de cambio. Efectivamente, la Universidad es donde mejor se puede profundizar en la verdad y alcanzarla de una manera desinteresada.

5. AMAR EL MUNDO APASIONADAMENTE

En 1952 en España, en la Región autónoma de Navarra, había nacido por impulso del Beato Josemaría y con la adhesión entusiasta de las fuerzas locales, la Universidad de Navarra, que contaba con dos facultades: Derecho y, posteriormente, Medicina. Diez años después, en 1967, la Universidad de Navarra contaba con nueve facultades. Se trataba de una realidad en continuo crecimiento

tanto por su prestigio como por la adhesión de miles de ciudadanos de todas las clases sociales que sostenían el esfuerzo y que, ante todo, veían cómo nacía en su tierra un cualificado centro de educación y formación científica para sus hijos. El Beato Josemaría fue el primer Gran Canciller de la Universidad.

En octubre de 1967, aprovechando la ocasión que le brindaba la ceremonia de inauguración del año académico, el Gran Canciller convocó la primera *Asamblea General de los Amigos* de la Universidad de Navarra. El evento no pudo encontrar edificios suficientemente amplios para acoger la gran afluencia de público, de manera que hasta la Santa Misa, que precedió los trabajos de la Asamblea, fue celebrada al aire libre, en el campus de la Universidad. Durante la homilía, cuyo texto fué publicado luego con el título de “Amar el mundo apasionadamente”, el Beato Josemaría señaló el alcance de la responsabilidad de la institución universitaria hacia la sociedad en la que se encuentra y el nivel de compromiso de un universitario —sobre todo de un universitario cristiano— en su trabajo cotidiano, tanto en su calidad de estudiante como de docente, o como en la de simple ciudadano.

Y era esta pasión por el mundo —entendido como *mundus reconciliatus*, como San Agustín solía denominar a la Iglesia universal— la que hacía de él un ser sensible, capaz de prevenir los grandes problemas del momento, a partir no sólo de su experiencia, sino también de la convicción de que las pequeñas cosas bien hechas permiten valorar las posibles soluciones.

Recuerdo con especial claridad que un día, tras una reunión de trabajo sobre los horizontes del apostolado profesional de sus hijos, hombres y mujeres presentes de pleno derecho en todas las encrucijadas del mundo, él reveló a los presentes una idea suya, un sueño, lo llamó: «no veo la hora en que estos hijos míos médicos, bien preparados, lleguen a las orillas meridionales del Mediterráneo y bajen atravesando toda África con sus *todoterrenos* ayudando a curar las almas y los cuerpos de nuestros hermanos africanos». Esta frase me produjo un gran efecto, dejándome impresa en la mente, como si estuviera trazada sobre un folio blanco, la vertical Norte Sur de la Rosa de los vientos, casi marcando el compromiso de restablecer la justicia y la solidaridad en las relaciones entre las personas de los dos mundos. Un sueño muy realista en los albores de la primera década del desarrollo, proclamado por la Organización de las Naciones Unidas.

E) EL PRIMER PROGRAMA DE COOPERACION DEL ICU

Durante el verano de 1968 pasé algunas semanas en España en un curso de verano celebrado en un Centro de formación superior en Bilbao. Una tarde, un médico, que había pasado varios años trabajando en Perú, nos estuvo enseñando una

buena documentación fotográfica sobre sus experiencias, llevadas a cabo en la zona de los Andes en pequeños poblados indígenas de la Prelatura de Yauyos, circunscripción territorial cuyo cuidado de almas la Santa Sede acababa de encargar a sacerdotes del Opus Dei. La pobreza de los lugares, las dificultades de comunicación, las carencias sanitarias y las necesidades de esas poblaciones me impresionaron mucho y pensé que eso también formaba parte del sueño del Beato Josemaría. El ICU podría pensar en organizar un programa de ayuda sanitaria para esa zona de Perú.

Pero los acontecimientos fueron por otros derroteros. En la primavera de 1969, en pleno desarrollo del II Congreso Universitario Internacional promovido por el ICU, llegó a Roma procedente de Perú una Comisión de universitarios. Estaban tomando contacto con Centros Académicos Europeos para informar, y pedir colaboración, sobre una iniciativa para fundar una nueva universidad en Perú. Las motivaciones resultaban muy atractivas. En el norte del país, a 1.000 kilómetros de Lima, en una región llena de potencialidades agrícolas, pesqueras y mineras, sostenida por las fuerzas productivas locales y por el apoyo del gobierno peruano, interesado en la descentralización de la educación superior nacional, estaba tomando cuerpo la Universidad de Piura, de acuerdo con un plan de viabilidad que preveía tres facultades: Ingeniería, Economía Empresarial y Ciencias de las Comunicaciones. Según los promotores, los estudios debían ser integrados, a través de la acción cultural de un Instituto de Artes Liberales, en un proyecto formativo personalizado. La función de este modelo era la de compensar una preparación primaria y secundaria de los estudiantes, débil respecto a los *standard* de países más desarrollados, y acorde con las necesidades de desarrollo de la nueva sociedad peruana. Se trataba de llevar a cabo un especial esfuerzo formativo para permitir a los jóvenes, que iban a desarrollar sus estudios universitarios en las materias específicas, completar paralelamente esos estudios con una profundización cultural, sobre todo en las disciplinas humanistas. Eso podría llevarse a cabo con la guía de tutores cuya función fuese facilitar y apoyar a los estudiantes en este recorrido. La lucidez del análisis era sorprendente y demostraba una capacidad especial para definir los problemas vitales de una sociedad que aspira a su propio desarrollo. Se trataba de perseguir decididamente el objetivo a alcanzar, aún siendo conscientes de que había que superar las deficiencias estructurales y culturales del propio sistema.

El proyecto era ambicioso pero realista. Efectivamente, la región de Piura es una gran zona desértica atravesada por dos ríos que bajan desde la cordillera de los Andes al mar. A lo largo de su curso fecundan las tierras que bordean sus márgenes, dando lugar a una agricultura muy rica. Por lo tanto, un programa para utilizar al máximo el agua exigía la implantación de una Facultad de Ingeniería especializada en Recursos Hidráulicos, mientras que la presencia en el norte de la región de instalaciones para extracciones de petróleo requería una especialidad en Mecánica y Electrotécnica. En el mismo marco, los estudios de

Economía Empresarial adquirirían también gran importancia de cara a la formación de administrativos y cargos gerenciales para la expansión del comercio, y la Facultad de Comunicaciones, por su parte, abordaría los problemas y los efectos provocados por las grandes distancias que separan las distintas ciudades del país. Sin embargo, lo que más llamaba la atención era la implantación del Instituto de Artes Liberales, al que se encargaba la tarea de reforzar en todos los estudiantes la formación humanista para que los licenciados por la Universidad de Piura no sólo fueran buenos técnicos, sino también hombres y mujeres de cultura capaces de poner su trabajo al servicio del bien común de las familias y de toda la sociedad del país. Prueba evidente de un pensar y un sentir de raíz cristiana.

Me acordaba de las palabras del Beato Josemaría, que insistía siempre en la necesidad de abordar los problemas mediante grandes ideas que no restringieran los horizontes a límites inmediatos y puramente operativos, sino que empujaran a las mentes a escrutar desde arriba y en profundidad las cosas, para poder asumir decisiones que fueran válidas no sólo para el presente, sino también para el futuro: «¿Has visto las cumbres nevadas de las altas montañas? Así son las grandes ideas y las grandes inteligencias: parecen distantes, indiferentes, aisladas, pero el agua que fertiliza las tierras de los grandes valles procede de sus nieves»².

Contribuir a la formación y al desarrollo inicial de una universidad en un país como Perú ha supuesto una tarea fascinante que ha exigido un gran compromiso, mucha audacia —no solo por parte peruana— y no pocas dificultades. De hecho, la cooperación que se exigía del ICU en esta primera fase del programa tenía como objetivo específico la formación didáctica, científica y cultural de un núcleo de jóvenes profesores peruanos —futuros cuadros docentes de la Universidad— que iban a ser seleccionados entre los primeros licenciados de Piura.

El programa, que duró seis años, se realizó a través de un intenso intercambio de investigadores y profesores y, por lo que se refiere a la aportación del ICU, pudo enviar a treinta jóvenes investigadores italianos cuya presencia en Perú, prolongada durante dos años, se vió favorecida y tutelada por la primera ley sobre cooperación al desarrollo publicada en Italia en 1971.

La magnitud de la empresa, en todo caso, y el interés mostrado por el Beato Josemaría por los primeros pasos de la recién nacida Universidad de Piura, en la que participaron varios de sus hijos peruanos, y de la que se convirtió en Gran Canciller, me ofrecieron la ocasión de tener una serie de encuentros con él. Recuerdo concretamente que cuando hubo que enviar a Piura al primer grupo de jóvenes investigadores después de su oportuna preparación, tuve oportunidad de explicarle el plan que habíamos previsto. Aún mostrando interés en el programa, el Beato

² A. DE FUENMAYOR - V. GÓMEZ-IGLESIAS, *El itinerario jurídico del Opus Dei*, Pamplona 1990, p. 45.

Josemaría no dejó de manifestarme una preocupación: «Veo un riesgo, el de trasladar a Piura, junto a estos jóvenes, los actuales problemas de la Universidad italiana».

Algunos años más tarde, cuando empezaron a llegar desde Perú resultados y experiencias para llevar a cabo una primera valoración del programa, tuve ocasión nuevamente de volver sobre el tema con el Beato Josemaría: «Padre, el riesgo de que usted hablaba se ha verificado y ha provocado algún problema, pero también es cierto que todos los jóvenes investigadores han desempeñado un trabajo muy útil y apreciado». Sin descomponerse, con la mayor serenidad, el Beato Josemaría comentó lo siguiente: «Ahora ya tienes experiencia, de aquí en adelante aprenderás a regularte».

Experiencia y conocimiento, los dos pilares de la responsabilidad, una forma segura de adquirir conciencia y poder llevar a cabo una tarea de construcción y de formación. Han pasado 30 años y ya se han realizado con éxito muchos otros programas de cooperación con la Universidad de Piura. Actualmente cuenta con 3.500 estudiantes, ocho facultades y un prestigio que favorece sus muchas relaciones académico-científicas con otros países americanos y europeos, y, sobre todo, hay que decir que dispone de un cuerpo docente procedente en un 70% de las filas de sus propios licenciados.

7. EL SUEÑO DEL BEATO JOSEMARÍA

Pero lo que no se pudo hacer en los años 70, cuando se inició el programa para la Universidad de Piura, no se ha perdido por el camino. Por el contrario, la aventura de Piura ha permitido que se dieran las condiciones para llegar a un conocimiento profundo de las personas y de los lugares, a medida que se iba desarrollando la capacidad de empresa del ICU y de sus colaboradores en el Perú. Solo 6 años después de aquel “14 de marzo de 1971” —(cuando se inició el programa de Piura)— reaparecieron, casi inesperadamente, las condiciones óptimas para realizar un programa de ayuda sanitaria en el sur de Perú, en la provincia de Cañete-Yauyos. Efectivamente, en ese periodo de tiempo se había constituido en Perú PROSIP (*Promotora de Obras Sociales e Instrucción Popular*), una ONG que había contado también con la colaboración de varios licenciados de Piura. PROSIP había empezado a ocuparse de de la formación social y profesional de las familias de los agricultores trasladados a 150 km. al sur de Lima, en la costa, en la ciudad de Cañete, y a lo largo de los valles que suben hacia la sierra, hasta Yauyos, situada a 3.500 metros de altura sobre la cordillera de los Andes. En Cañete se construyó una escuela agrícola dotada de una empresa modelo con la función de proporcionar formación profesional, servicios y asistencia a los agri-

cultores de la zona que empezaron a acudir masivamente desde todos los pueblos de la provincia. Una emisora de radio mantenía, a través de sus programas informativos y educativos, la conexión con los agricultores y sus familias que estaban diseminados por ese amplio y difícil territorio. Se trataba de una tarea compleja que había permitido tejer una densa red de relaciones, basada en el respeto y en la confianza en un territorio de casi 30.000 km². Ese parecía ser el mejor hilo conductor para realizar el programa de mejora de la salud para los habitantes de los valles. Aprovechando el apoyo y el prestigio de los hombres y mujeres de PRO-SIP, así como su profundo conocimiento de la zona y de las necesidades de la población y con el acuerdo de las autoridades locales, el ICU, con la colaboración económica de la Comisión de la Unión Europea, instaló un centro de salud en el barrio de Pacarán, a mitad de camino entre Cañete y Yauyos a lo largo del río Cañete. Desde el Centro podían salir los todoterrenos, dotados de los equipos necesarios para realizar diagnósticos y para intervenciones rápidas, con médicos jóvenes preparados para “curar las almas y los cuerpos” de los habitantes de los valles y de la Sierra de la provincia de Cañete-Yauyos.

Volviendo hoy la mirada no sólo hacia América y África, sino también hacia los cinco continentes, los todoterrenos están siempre en la carretera, ya que aunque las heridas del cuerpo y del espíritu van siempre unidas a la propia vida del hombre, en particular en aquellos países donde la solidaridad cristiana es más urgente «en el compromiso de un amor laborioso y concreto hacia todo ser humano»³.

Tal vez un profesional de las comunicaciones podría preguntarme: —¿Pero cómo hacía el Beato Josemaría para conjugar su realismo con sus sueños?.

El Beato Josemaría era un hombre de fe «de la grande —como él solía decir, con ese sentido del humor que le permitía decir la verdad sin hablar *ex cathedra*—, de la gruesa, de la que se puede cortar con un cuchillo». Y al mismo tiempo afirmaba: «No soy “milagrero”. —Te dije que me sobran milagros en el Santo Evangelio para asegurar fuertemente mi fe»⁴; y solía añadir, con seriedad y convicción [...] «y con los que pueden hacer mis hijos con su trabajo profesional bien hecho».

Por eso sabía mirar con amplitud, a lo lejos, moviéndonos a ser santamente ambiciosos y a la vez a no sobreestimarnos y a mantenernos en nuestro sitio, porque todos estamos llamados a trabajar bien, en cuanto que ese es el mandato de Dios, sin ventajas ni complejos. Y solía añadir: «si algún complejo tuviéramos que tener, como cristianos, sería en todo caso el de superioridad»⁵. Recuerdo que

³ JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Novo millennio Ineunte*, 49.

⁴ *Camino*, 583.

⁵ Cfr. *Forja*, 342.

en una ocasión le preguntó uno de sus interlocutores por qué decía eso. Aún resuena en mis oídos su rápida respuesta, algo así como: “*quia electi mei non laborabunt frustra*”,⁶ (porque aquellos a quien elegí nunca trabajarán en vano), como dice el Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras».

Estas últimas consideraciones me sirven de introducción para volver sobre un tema al que aludí al principio, y que desarrollo como conclusión de mi intervención.

8. PARA SERVIR, SERVIR

“Para servir, servir”: me topé con esta frase nada más entrar por primera vez en la residencia de Viale Bruno Buoizzi en la primavera de 1948. Las palabras aparecían nítidas e “iluminadas” bajo una lámpara de acceso al vestíbulo y volví a verlas poco después, esculpidas en rojo sobre una lápida de mármol travertino blanco, encima de una puerta. Dos palabras aparentemente iguales pero de distinto significado: para servir a alguien hay que serle útil, y para serlo, hay que descubrir sus verdaderas necesidades. Así me lo explicaron. No se trataba en absoluto de un detalle ornamental, sino de un estímulo eficaz de compromiso humano e intelectual que confiere tanto al estudio como al trabajo una función humanizadora con respecto a la naturaleza de un mensaje que lleva la impronta divina. Una humanización que ha de brotar del corazón y de la mente del hombre, fiel intérprete del mandato recibido por Dios en su papel de constructor de la propia humanidad y cooperador de la verdad. El Beato Josemaría era un gran apasionado de la Universidad, tanto por su formación profesional como estudiante y docente como por ser el impulsor de muchas universidades inspiradas en su pensamiento. «No hay Universidad propiamente en las Escuelas donde, a la transmisión de los saberes, no se una la formación enteriza de las personalidades jóvenes. Ya el humanismo helénico fue consciente de esta riqueza de matices. Pero cuando, llegada la plenitud de los tiempos, Cristo iluminó para siempre las arcanas lejanías de nuestro destino eterno, quedó establecido un orden humano y divino a la vez, en cuyo servicio tiene la Universidad su máxima grandeza»⁷.

Recuerdo que el Beato Josemaría me preguntó un día el nombre que le habíamos dado a nuestra Asociación. *Instituto para la Cooperación Universitaria*,

⁶ Cfr. Is 65, 23.

⁷ *Formación enteriza de las personalidades jóvenes. Discurso en la ceremonia de concesión del Doctorado “Honoris causa”, en la Universidad de Navarra, 28-XI-64, en Josemaría Escrivá y la Universidad, cit., p. 77.*

respondí. «Es decir, ICU, —precisó con agudeza, y añadió— una institución universitaria requiere una insignia, y si quieres te propongo ésta: nueve corazones de oro sobre un fondo rojo, dentro del escudo de la insignia, y unidos por el lema *unum sint*».

Unidos y solidarios. Un compromiso de solidaridad por lo tanto, concreto y eficiente, que implica haber asimilado bien la motivación y aceptar las consecuencias. La primera de ellas está en el interior de cada uno de nosotros (como subrayaría años después Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*) y requiere ese cambio en las actitudes espirituales necesario para adoptar un nuevo estilo de vida. La segunda hace referencia a nuestra sociedad cuando se compromete en la búsqueda de valores superiores como el bien común. Y la tercera implica el haber definido, aunque actualizándolas continuamente, las metodologías de la cooperación. La solidaridad es por lo tanto una disposición de ánimo generosa e inteligente, pero también preparada con seriedad. «Yo la solidaridad la mido a partir de las obras de servicio», solía repetir el Beato Josemaría, y añadía: «un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo»⁸; porque todo hombre posee, como Cristo, un sólo corazón con el que ama a Dios y ama a los hombres.

⁸ *Es Cristo que pasa*, 167.